

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

28 de febrero de 1891

Núm. 174



LA LECTORA DE MÚSICA

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

GRATA sorpresa experimenté el otro día cuando al abrir la *Revue bleue*, una de las publicaciones de mi particular estimación y aprecio, me encontré con un periodiquito que vi repartía, á guisa de suplemento, con el título de *Le Camarade*.

La coincidencia, os lo confieso, me llenó de satisfacción; pues, desde el momento en que á M. Hugo Le Roux se le ha ocurrido este título, señal de que es bueno; como que hay en París pocos escritores tan originales, ilustrados y *modernistas* como el reputado redactor de *Le Temps* y autor de no pocos cuanto excelentes libros.

Tenemos, pues, un *Camarade* parisiense, y por lo que veo piensa como nosotros respecto á una porción de cosas.

Por mi parte creo que se les debe hablar á los niños de muy diferente modo que se solía pensar no hace aún muchos años: es preciso acabar con el escolasticismo, con la comprensión de las inteligencias, con la reatería, con las mohosas máximas de la pedagogía rutinaria; es preciso favorecer la espontaneidad del pensamiento, el desarrollo corporal, el sentimiento de la responsabilidad propia. Nada más contrario á la verdadera educación que el tipo del niño que se limita á ser un papagayo, que no se atreve á pensar por cuenta propia, que cree haberlo hecho todo con mostrarse dócil, modosito, un si es ó no es adulatorcito del profesor. ¡Peste con esos señoritos que si sacan buenos *sobresalientes* (á veces), en cambio resultan unas nulidades completas en la vida práctica!

Para mí lo de menos es que se sepa de corrido la lección, y lo de más es que se *entienda*. Y no todos lo entienden así. Buena cosa es la memoria; pero, por más que digan esas paupérrimas, esas atrasadísimas *Psicologías* que se dan de texto en los Institutos, la *memoria* no es una facultad *única*, aislada, independiente, sino una *resultante* de una porción de facultades. Cuanta más desarrollada está la facultad de la *asociación de las ideas*, más lo está la memoria; y claro está que para que las ideas se *asocien* es preciso que existan previamente.

Perdonadme la digresión, que creo no caerá, sin embargo, en saco roto. Volviendo ahora á lo que decíamos, repetiré que la tendencia de la educación moderna, destinada á formar *hombres* y no

escolásticos, necesita de otros órganos además de la escuela, y que la prensa periódica infantil es un factor importante, que pone al niño en comunicación con el exterior y le abre nuevos puntos de vista, prácticos y humanos. De ahí el prodigioso desarrollo que esta clase de publicaciones alcanzan en el extranjero.

Le Camarade de París, como este nuestro, inserta trabajos de los suscritores. Yo soy gran partidario de estas colaboraciones, que facilitan la expresión del pensamiento y habitúan á reflexionar, y he creído siempre que la colaboración de nuestros camaradas debía ser uno de los principales objetos de la publicación. Ciertamente que nos envían más charadas que artículos, pero aun las charadas *ont du bon*, como dicen los franceses. Ningún tonto las hace, y son una gimnástica intelectual muy eficaz. Yo no sé qué individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas se dió á conocer como hábil charadista. *Le Camarade* inserta también charadas, aunque, modestia aparte, no son tan bonitas como las nuestras, ó, por decirlo mejor, como las que enviáis vosotros.

Pero me va á faltar espacio para charlar más, y dejaremos la continuación para el próximo número.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

LOS VOLCANES

Las manifestaciones más grandiosas á la par que más terribles del calor subterráneo del globo terráqueo son, indudablemente, las erupciones de los volcanes.

Estos fenómenos, considerados en otro tiempo como sucesos raros, son mucho más frecuentes de lo que se podía imaginar allá en las épocas en que la exploración de los continentes y de los mares sólo abarcaba una pequeña parte de la periferia del planeta. En los tiempos á que nos referimos no se conocía más que un corto número de volcanes, y únicamente llamaban la atención sus erupciones más violentas. Hoy se cuentan por millares y por centenares los que han dado indicios de actividad reciente, actividad que se da á conocer en multitud de formas en otro tiempo ignoradas ó apenas sospechadas; y si ciertas regiones de la tierra son más especialmente asiento de esta actividad, se la nota, sin embargo, en todas las latitudes, en todas las zonas, desde el Ecuador, cortado por las líneas de los volcanes de los Andes y de las islas de la Sonda, que son los más soberbios de todos, hasta Islandia,

Ayuntamiento de Madrid

donde en el mismo horizonte descuellan los campos de hielo, las lavas incandescentes y el agua hirviente de los géiseres, y hasta los confines de las tierras columbradas apenas que rodean el Polo Sur. Allí hay volcanes como los que han recibido los nombres de *Erebo* y *Terror*, y que iluminan con el fuego de sus erupciones las largas noches polares.

Clasificanse por lo común en dos categorías los volcanes que existen en la actualidad en la superficie del globo, ó por lo menos los que se conocen como á tales: los *volcanes activos* y los *volcanes apagados*. Pero es muy difícil hacer esta separación porque la actividad de un volcán es casi siempre intermitente, y los intervalos que median entre los períodos activos y aquellos en que está ó parece estar en reposo tienen duraciones muy desiguales, que varían de unos meses ó de unos cuantos años, y á veces hasta de muchos siglos. La clasificación de volcanes activos y apagados es forzosamente arbitraria. Se puede incluir en la primera categoría á todos los que han tenido erupciones desde los tiempos históricos, ó sólo aquellos cuya última manifestación data, por ejemplo, de tres siglos. De aceptarse una ú otra de estas definiciones, todos los demás volcanes serán volcanes apagados. La superficie de la tierra cuenta 323 volcanes activos, distribuídos del modo siguiente entre los continentes y las islas:

	Número de volcanes activos	Total en cada parte del mundo
Europa (continente).	1	7
» (islas).	6	
Africa (continente).	17	37
» (islas).	20	
Asia (continente).	24	108
» (Japón, isla de la Sonda). . . .	74	
Kuriles.	10	128
América Septentrional (continente)..	20	
» Central	25	
» Meridional	37	31
Islandia (islas Alentienes, Antillas)..	46	
Oceanía.	31	31
Océanos: Atlántico, Índico, etc. . . .	12	12
TOTAL GENERAL.		323

Por lo común los volcanes son montañas elevadas y de forma cónica más ó menos regular. Pero esto no es un rasgo característico, dado que hay volcanes en países llanos y al ras del suelo, que muchos de ellos están en colinas de escasa elevación, y que la forma típica y primitiva suele sufrir, en el curso de las fases eruptivas, cambios que la modifican y alteran en gran manera. El volcán de Orizaba, en Méjico, el Cotopaxi, en la cordillera de los Andes, y el Juni-Yama, en el Japón, son ejemplos notables de conos de perfecta regu-



Pasto de los osos
Ayuntamiento de Madrid

laridad que se elevan á gran altura sobre el nivel del océano. Todas las cimas de estos soberbios conos traspasan los límites de las nieves perpetuas, viéndoselas relucir desde larga distancia con brillo que sobrepuja á los rayos del sol. El Cotopaxi, que mide 5,900 metros, es notable por las tres zonas de variados colores, la más baja de las cuales marca el límite de la vegetación forestal. Un cúmulo estéril de cenizas y escorias constituye la segunda, y un cono de nieve truncado por el cráter sirve de remate á esta majestuosa y formidable montaña.

El ponderado Vesubio de Nápoles es un tipo de segunda clase. Su cono actual, cuya actividad no ha cesado hace mil ochocientos años, es unas veces más elevado y otras menos que las crestas del Somure, restos del gran cráter anterior.

Las dimensiones de los cráteres no suelen estar en relación con la altura absoluta ni con la relativa. Esta depende del modo de actividad del volcán y de la mayor ó menor violencia de las erupciones anteriores. Las aberturas de los conos que se hallan en actividad moderada y continua son, por lo común, pequeñas, al paso que los cráteres formados por explosión, como lo fueron el Vesubio y el Valle de Bone del Etna, tienen diámetros enormes. La isla de Palma presenta una cuenca crateriforme, la Caldera, que no baja de 7,000 metros de diámetro. El Valle de Bone tiene 6,000, mientras que el cráter del cono principal del Etna, el Mongibelo, sólo llega á 500 metros. El de Sindoco, más elevado que el Etna, tiene 100 metros de diámetro. Entre los volcanes modernos, los de la isla de Itavai son los más notables por este concepto. El cráter del Mauna Loa tiene 2,500 metros de diámetro por 150 ó 200 de profundidad. El de Kilauxa, que tiene á 300 ó 400 metros de profundidad un lago de lavas hirvientes, mide 5,000 metros de diámetro máximo. El cráter del Zeugger, en la isla de Java, tiene también 5 kilómetros de diámetro.

Durante los períodos eruptivos de ciertos volcanes se forman transitoriamente conos de todas dimensiones, de los cuales brotan escorias, cenizas, vapor, y con frecuencia lavas. En los costados del Etna se han llegado á contar hasta 700 de estos conos procedentes de distintas erupciones. Este fenómeno se observa asimismo en todos los volcanes, pudiendo deducirse de su número el de las erupciones que habrán sufrido.

BENJAMÍN



Ayuntamiento de Madrid

EL GATO NEGRO

(CUENTO)

Dos gatitos nada más había tenido la gata de D.^a Casimira Vallejo, y ya habían pedido á la citada señora nada menos que catorce. Y es que los gatitos eran completamente negros, y sabido es que hay muchas personas que creen que aquéllos traen la felicidad á las cosas.

De buena gana D.^a Casimira no se hubiera desprendido de aquellos dos hijos de su Sultana; pero su esposo le había declarado que no quería más gatos en su vivienda y la buena señora tuvo que resignarse á regalarlos al día siguiente de que cumplieran los dos meses.

Mucho tiempo estuvo pensando dónde quedarían mejor colocados; el vecino del piso bajo perdía muchos gatos y no faltaba quien sospechase que se los comía; el tendero de enfrente los dejaba salir á la calle y se los robaban; la vieja del cuarto entresuelo era muy económica y no les daba de comer; el cura tenía un perro que asustaba á los animalitos; y así, de uno en otro, resultó que los catorce pedidos se redujeron para D.^a Casimira solamente á dos, casualmente el número de gatos que tenía. Aun así no acabaron sus meditaciones.

Moro, el más hermoso y más grave de los dos gatitos, convendría mejor á D.^a Carlota, la vecina del tercero de la izquierda, que tenía una hija muy juiciosa á pesar de sus cortos años; pero Figaro (así nombrado por el marido de D.^a Casimira por haberle hallado un día jugando con su guitarra, cuyas cuerdas sonaban no muy armoniosamente)... Figaro, que, según decían, tenía una vaga semejanza con el barbero del núm. 8 de aquella calle, por lo que había merecido dos veces ser llamado de aquella manera, no estaría del todo bien en casa de D. Serafin, cuyos niños eran muy revoltosos y trataban con dureza á los animales.

Pero al fin, como el tiempo urgía, Morito fué entregado á D.^a Carlota y Figaro á D. Serafin.

Ambos fueron adornados con collares rojos y cascabeles, y Blanca, la niña de la viuda, y Alejandro y Pepita, hijos del caballero, que también era vecino de D.^a Casimira habitando en el otro tercero, no dudaron que en sus moradas todo sería bienestar y ventura con haber llevado á ellas á los dos gatitos.

Al pronto la casualidad vino á confirmar aquella idea: D.^a Carlota ganó un premio á la lotería y D. Serafin, que estaba cesante, fué colocado con doce mil reales en un Ministerio.

—¡El gato negro!—exclamaban los chicos.—¡El gato negro!

Lo que no impedía que Alejandro y Pepita maltratasen al pobre Figaro, que, cuando podía, se vengaba de ellos clavando en sus manos los dientes ó las uñas; pero como era tan pequeño no les hacía gran daño.

Ayuntamiento de Madrid



DE VUELTA DE COGER FLORES



EL RAMO DE LILAS

Madrid

En cambio Morito pasaba sus días en la falda de su joven ama y las noches en un colchoncito muy blando que le hizo Blanca desde que se lo entregaron. Demostraba su contento con ese sonido acompasado que es indicio en ellos de felicidad completa, y es seguro que si hubiese sabido hablar no hubiera dejado de decir á D.^a Casimira que no podía haber elegido mejor casa para él.

A los diez meses de estar Fígaro con D. Serafin todo cambió en la morada de éste: Alejandro estuvo gravemente enfermo con una erupción, su padre se quedó cojo de una caída, una criada le robó los cubiertos, y Pepita no cesaba de perder, ya pendientes, ya pañuelos, ya muñecas.

—¡Vaya una suerte que nos ha traído el gato negro!—decían mirándole con rabia.

En cambio Blanca estaba cada día mejor de salud, le regalaban muchos juguetes y parecía que la prosperidad había entrado en su casa con Morito.

Hablando un día D. Serafin con la vecina del piso entresuelo, delante de los niños, en tono de burla, de la felicidad que les había llevado el gato negro, la señora le dijo:

—Hay dos clases de gatos negros: unos que dan la ventura y otros que la quitan. Aunque hijos de la misma gata, es fácil que Moro sea un gato de los buenos y Fígaro de los malos. V., amigo mío, ha tenido la mala suerte mereciéndola mejor que D.^a Carlota.

Alejandro se quedó muy preocupado al oír aquello, y Pepita más. A los dos se les ocurrió lo mismo: puesto que los gatos eran iguales ¿por qué no los habían de cambiar?

Había en la casa un patio muy pequeño al que daban las cocinas de doña Carlota y D. Serafin, teniendo las ventanas una enfrente de otra. Por allí se habían asomado muchas veces los vecinitos Alejandro y su hermana para hacer muecas á Blanca, y ésta para enseñarles sus juguetes. El niño, que era muy malo, dijo á Pepita que se fingiera amiga de la hija de D.^a Carlota para entrar en la casa más fácilmente y coger al gato, á lo que ella se prestó gustosa porque ya miraba á Fígaro con horror.

Aquello fué muy fácil: Blanca, con permiso de su madre, convidó varias veces á Pepita á almorzar con ella. Las niñas jugaban juntas y salían también á paseo.

Aprovechando una de estas salidas, fué Alejandro un día á casa de doña Carlota y dijo á la criada, que le hizo pasar sin desconfianza, que iba á esperar la vuelta de su hermana porque tenía un recado urgente que darle.

La criada se volvió á la cocina, y entretanto el niño entró en el comedor, donde dormía el gato junto al brasero, y cogió á Moro, que no opuso la menor resistencia porque era muy manso. Llegó á la antesala, dejó abierta la puerta, y, entrando en su casa, encerró al gato en su habitación y llevó á Fígaro al comedor de al lado. Pero si era fácil que confundieran á los dos



1.—En el oeste americano: Los Pieles Rojas
Ayuntamiento de Madrid

gatos, no podía evitarse que ellos extrañasen cuanto les rodeaba; así es que Fígaro fué en seguida á esconderse debajo del aparador para que nadie le viera.

Cuando D.^a Carlota volvió de paseo con las niñas, lo primero que hizo Blanca fué llamar á Morito; pero el gato no salió, como de costumbre.

—No sé qué le pasa hoy á Moro,—dijo Alejandro;—está debajo del armario y gruñe cuando se le quiere sacar de su escondite.

—Habrás algún ratón,—dijo D.^a Carlota.

Pepita y su hermano se marcharon, diciendo que al día siguiente no podrían volver porque esperaban á un pariente que venía de fuera.

Y aguardaron las venturas que el nuevo gato había de llevar á la casa.

Pero la mala suerte proseguía. Como D. Serafín, á causa de la pierna rota, había dejado de ir á la oficina, ocurrió que por la noche le llevaron la cesantía. Mas los niños dijeron que aquello se había firmado cuando aun estaba en la casa Fígaro.

Así pasaron unos días, sin que Pepita y Alejandro hubieran ido á ver á Blanca.

Los gatos salían ya á comer, pero no se dejaban tocar aún.

Un día estaban limpiando las cocinas en ambas casas. Fígaro, en la de D.^a Carlota, se asomó á la ventana y reconoció, no sin asombro, á la criada de D. Serafín, que antes le daba carne cruda todas las mañanas.

—Aquella sí que es mi casa,—debió decirse; pero se quedó un tanto parado al ver un gato igual á él en el cuarto de enfrente.

En cuanto á Morito, miraba aquellas cacerolas tan relucientes, aquellos platos blancos con flores de colores donde le servían la leche, y hasta veía sus dos cazuelas, que la cocinera acababa de fregar, lo mismo que cuando comía él.

—Allí vivía yo,—pensó sin duda;—y, por cierto, que estaba mejor que aquí.

La criada de D.^a Carlota empezó á llamarle: él se refregaba contra la ventana y hacía mil observaciones de júbilo.

Al fin Fígaro miró al patio y pareció medir la distancia que le separaba de la ventana vecina. Moro lo comprendió y, sin reflexionar, dió un gran salto, cayendo aturdido á los pies de la cocinera de Blanca.

—Este sí que es mi gato,—decía la buena mujer acariciándole.—Bien sospechaba yo que aquí había ocurrido alguna cosa. Esos infames chicos de al lado son los culpables.

Entretanto Fígaro había saltado también; pero como la criada de D. Serafín había salido de la cocina para abrir la puerta de la calle, porque acababan de llamar, no se enteró de aquel cambio de gatos.

Alejandro y Pepita siguieron creyendo que Moro estaba en su casa y Fígaro en el otro tercero.

Pero las desdichas continuaban y no sabían á qué achacarlas ya.

Con este motivo Fígaro llevaba algunas palizas diarias, y el gato, que era reflexivo, pensó que le tendría más cuenta volverse á la casa de al lado. Era



2.—En el oeste americano: Los Pieles Rojas

Ayuntamiento de Madrid

fácil saltar por el mismo camino; pero ¡ay! el pobre gato midió mal la distancia y fué á parar á una tabla donde D.^a Casimira ponía el botijo para que se refrescase el agua, lastimándose un poco.

Fígaro conservaba un vago recuerdo de aquella casa, en la que había pasado sus primeros meses, y allí fué recibido con entusiasmo para reemplazar á Sultana, que acababa de morir en los brazos de su dueña.

¿Llevó Fígaro la desgracia á su nueva morada? No, por cierto. D.^a Casimira continuó, como antes, siendo la mujer más afortunada de la tierra, como lo eran D.^a Carlota y Blanca.

D. Serafin murió, dejando á sus hijos al cargo de un pariente, que los encerró en colegios á fin de que cambiasen su mala condición; y los niños, pensando en que ya no tenían el gato negro, llegaron á convencerse de que éste no llevaba la buena ni la mala suerte, sino que la desgracia estaba con ellos, que realmente no merecían otra cosa.

Así, un día que fueron á visitar á D.^a Casimira, llevaron á Fígaro bizcochos y queso, que el gato se comió, demostrándoles después su gratitud con un arañazo.

Su nueva dueña dedujo que Fígaro había reconocido á Alejandro y á Pepita: era un gato muy inteligente.

JULIA DE ASENSI

NUESTROS GRABADOS

LA LECTORA DE MÚSICA

Conócese que esa niña se ha entusiasmado leyendo esa romanza sin palabras (aunque bien podría ser que fuese un *Nocturno*), y que se le tarda ensayarla al piano. No á todos les es dado leer así la música de corrido.

PASTO DE LOS OSOS

Un sombrero de copa que se ha caído á la fosa de aquellos *amables* plantígrados ha soliviantado de mala manera á los huéspedes del lugar, que se creen provocados. Excusado es decir que el sombrero será devorado con *encarnizamiento*, por más que se trate de una simple piel de conejo.

DE VUELTA DE COGER FLORES

Como se ve, la expedición ha sido fructuosa. Las cestas están llenas de flores, las manos igualmente. Bien se ha pasado la tarde. El aire acariciaba los semblantes, el río parecía de cristal, el césped una alfombra de esmeralda. Las amapolas, por entre el sembrado, parecen saludar á los niños y pedirles que se las lleven. ¡Qué juego tan bonito el de jugar á coger flores!

EL RAMO DE LILAS

Las lilas son flores especialmente aristocráticas y romancescas. Ya se acerca el tiempo de cogerlas; pero si siempre produce agradable efecto el verlas, nunca tanto como en manos de las niñas buenas y bonitas.

EN EL OESTE AMERICANO: LOS PIELS ROJAS

Hace algunos años que los *Pieles Rojas* de las *praderas* del oeste americano eran el terror de los *Rostros Pálidos* que se aventuraban á establecerse

Ayuntamiento de Madrid

por allí. ¡Desdichado del que caía en manos de aquellos salvajes! Todo se ha arreglado después, sin embargo, acantonando á los indios en los territorios llamados *reservas*, de donde se les ha tenido que expulsar á última hora para adjudicar aquellos terrenos á los inmigrantes. Probablemente en breve no quedarán ya *Pieles Rojas*, á pesar de lo cual los extranjeros seguirán diciéndo que nosotros los españoles nos portamos como unos bárbaros cuando conquistamos y civilizamos á América.

CUENTOS RUSOS

(Conclusión)

Éste, entretanto, había vuelto á la morada de su novia para recoger el traje de boda, el anillo y los zapatos sin costura; y, provisto de estos objetos, volvió hacia la montaña é hizo saltar el anillo de una mano á otra. En el mismo instante aparecieron doce robustos jóvenes, que le preguntaron:

—¿Qué nos mandas?

—Que me conduzcáis al pie de la montaña,—respondió Iván.

Al punto fué obedecido. Púsose después el anillo en el dedo, y los jóvenes desaparecieron.

Iván emprendió la marcha en dirección á su país y llegó á la ciudad donde habitaban su padre y sus hermanos. Se alojó en casa de una mujer anciana, y preguntóle qué noticias corrían por el país.

—Muchas cosas, joven,—contestó la mujer.—Nuestra reina había sido aprisionada por Koshchei el Inmortal. Sus hijos fueron á buscarla, y dos de ellos la encontraron y trajéronla aquí; mas el tercero, el príncipe Iván, ha desaparecido y nadie sabe dónde está; de modo que el rey se halla muy abatido. Los dos hermanos y su madre han venido con una princesa, y el hijo mayor desea obtener su mano; pero ella ha dicho que necesita antes su anillo de boda, ó uno igual. Se ha hecho un llamamiento público para ver si hay quién pueda encargarse de proporcionar el anillo que se desea; pero hasta ahora no ha sido posible lograrlo.

—Pues bien, buena mujer,—dijo Iván;—id á ver al rey y decidle que vos os encargáis de proporcionar el anillo: yo me cuido de arreglarlo.

La anciana se vistió apresuradamente, fué á ver al rey y le dijo:

—Si V. M. lo permite, yo me encargo de hacer el anillo.

—Muy bien,—contestó el rey,—hacedlo; pero si no lo conseguís os cortaré la cabeza.

Espantada la anciana por tan terrible amenaza, corrió á su casa y rogó á Iván que hiciera pronto el anillo; mas el príncipe se fué á dormir sin hacer caso de sus palabras, porque ya tenía la sortija, y no podía menos de reirse al ver el susto de la anciana, que le decía á cada momento:

—Ya veo que os importa muy poco, porque nada tenéis que perder; pero á mí me puede costar la cabeza.

Tanto lloró y se quejó la pobre mujer, que al fin se durmió de puro cansada.

Ayuntamiento de Madrid

Al poco tiempo Iván la despertó y díjole:

—Llevad este anillo, pero guardaos bien de tomar más de un ducado por él. Si alguien os pregunta quién lo ha hecho, decid que vos misma, sin hablar una sola palabra de mí.

La anciana, muy contenta, corrió al palacio para entregar el anillo, y la novia quedó sumamente complacida.

—Esto es lo que yo necesito,—exclamó.

Y, sin preguntar nada á la mujer, entrególe una bandeja llena de oro; pero la anciana sólo tomó un ducado.

—¿Cómo os contentáis con tan poco?—dijo el rey.

—¿Qué había de hacer con tanto dinero?—repuso la anciana.—Si necesito algo más, ya volveré.

Y, así diciendo, se marchó.

Al cabo de algún tiempo circuló el rumor de que la novia había dicho á su prometido que necesitaba un traje de ciertas condiciones, y nadie pudo proporcionárselo como ella lo quería; pero, gracias á Iván, la anciana se encargó también de adquirirlo y lo llevó al palacio. Más tarde proporcionó de la misma manera los zapatos sin costura, no aceptando cada vez sino un ducado y diciendo siempre que ella lo había hecho todo.

Pronto corrió la noticia de que iba á celebrarse una boda en el palacio; y, llegado el día que todos esperaban ansiosamente, el príncipe Iván dijo á la anciana:

—Buena mujer: será preciso que averigüéis la hora en que la princesa debe casarse.

La anciana no se descuidó: dió el informe á Iván; y entonces éste, poniéndose su traje de príncipe, salió de la casa.

—Ved ahora quién soy,—dijo á la anciana.

La buena mujer cayó de rodillas exclamando:

—Perdonadme, señor, si en algo os he ofendido.

—El Señor sea con vos,—contestó el príncipe.

Iván entró en la iglesia, y, al ver que sus hermanos no habían llegado aún, acercóse á la novia y se casó con ella, dirigiéndose luego los dos escoltados hasta el palacio. El verdadero novio, el hijo mayor, los encontró en el camino, y, al ver lo que había pasado, huyó á todo correr.

En cuanto al rey, experimentó indecible alegría al ver á Iván; y cuando supo la traición de sus hermanos, los desterró inmediatamente, nombrando á Iván heredero del trono.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Pla y Valor: Ancha de San Bernardo, 33, pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. = NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid